

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON

PARA LA DOMINICA 1.^a DE ADVIENTO

Statutum est hominibus semel mori, et post hoc iudicium.
Ad Hebr., IX.

Está decretado que todos los hombres mueran y que despues de la muerte sean juzgados, recibiendo cada uno galardón ó castigo segun sus obras. La experiencia nos enseña la verdad de la muerte y la fé nos revela la verdad del juicio. Nuestro cuerpo, despues de la muerte descenderá al sepulcro y resucitará el día del juicio final, revestido de la inmortalidad, y el alma, separada del cuerpo comparecerá inmediatamente ante el tribunal de Cristo para recibir su merecido, á saber; las eternas recompensas del cielo ó los castigos eternos del infierno. Vendrá el día solemne del juicio universal, día de inefable regocijo

para los buenos, día de calamidad y de miseria para los malos, y comparecidos todos los hombres ante el juez de vivos y muertos, oirán la sentencia definitiva que ha de fijar su destino por toda la eternidad.

Tal es la doctrina católica acerca de nuestro último fin. Como Dios lo ha revelado, así se cumplirá. *Statutum est hominibus semel mori, et post hoc iudicium.* Nuestro supremo interés, se cifra en lograr sentencia de misericordia y de salvación. ¿Y cómo alcanzaremos tan soberana dignación? Creyendo la verdad del juicio y obrando en armonía con esa fé, tan luminosa como consoladora. A fin de que logreis una buena muerte y despues de la muerte un fallo de eterna bienaventuranza, os mostraré la verda del juicio particular y la ley conforme á la cual hemos de ser juzgados.

Sois vosotros por una gracia especial de Dios católicos, apostólicos y romanos; lo cual significa que

creis de corazón y confesais públicamente todas y cada una de las verdades reveladas por Dios, selladas con la sangre de Jesucristo y enseñadas por la Iglesia, madre y maestra y de todos los hombres. La verdad del juicio tanto particular como universal ha sido revelada por Dios, confirmada por Jesucristo y la Iglesia nuestra madre no cesa de publicarla por medio de sus ministros. Sí, hermanos míos; es una ley indeclinable, *un estatuto universal* escrito por la mano de Dios que todos los hombres hemos de morir y que después de la muerte hemos de ser juzgados para recibir el premio ó el castigo según nuestros propios merecimientos. *Statutum est hominibus semel mori, est post hoc iudicium.* Fácil es á Dios, dice el Espíritu Santo, remunerar á cada uno según sus obras en el día de la muerte (1). Es necesario, dice el Apóstol, que todos nos presentemos ante el tribunal de Cristo para darle cuenta de todas nuestras obras buenas ó malas. Si; todos los hombres, los grandes como los pequeños los sabios como los ignorantes, los ricos como los pobres, los sacerdotes como los fieles, los reyes más poderosos como los súbditos más miserables tendrán que compadecer ante el tribunal de Jesucristo para ser juzgados inmediatamente después de morir. Una vez habló Dios, dice el real profeta, y dos cosas le oí decir: que el es justo y mi-

sericordioso y que dará á cada uno según sus obras.

Había un hombre rico, dice el Evangelio que tenía un mayordomo, y sabiendo la disipación de este mal administrador de su hacienda, le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de tí? Dame cuenta de tu administración por que en adelante ya no podrás desempeñarla (2). Ese hombre rico es Jesucristo y cada uno de nosotros es un administrador de sus bienes. Rico es Jesucristo como que posee todos los tesoros del cielo y de la tierra; rico en todo género de riquezas, y generoso con infinita generosidad como que nos ha dado toda su hacienda. Todo es suyo, y todo nos lo ha cedido para hacernos ricos en el tiempo, y reyes en la eternidad. Pero sobre todo nos ha dado su sangre y su vida, y no cesa de enviarnos luces divinas, auxilios interiores, dones preciosos y avisos saludables para que como buenos administradores atesoremos virtudes y buenas obras y ganemos la vida eterna. Pero vendrá la noche y ya no podremos trabajar, vendrá la muerte y después el juicio; seremos comparecidos ante la presencia del juez eterno, y oiremos esta palabra llena de terror para los siervos infieles: «Dame cuenta de tu administración. ¿Qué uso has hecho de los bienes que te di para mi servicio y para tu dicha? ¿Qué oigo de tí? ¿Cómo has empleado las riquezas que

(1) Ecles. XI, 28.

(2) Luc. XVI.

confié á tu administracion? Te hablé y no me oíais, te amonesté y no atendíais, te castigué y te reíste de mi justicia, te colmé de favores y despreciaste mi bondad; te mostraba el camino de la virtud y seguíais la senda del vicio, te ofrecíais las dichas del cielo y elegísteis los tormentos del infierno. Pues anda, dirá el juez con acento de justísimo enojo, toma lo que es tuyo y vete. *Tolle quod tuum est et vade.* Lo tuyo es el vicio y el pecado; lo tuyo es el fuego eterno del infierno. *Et ibum hi in ignem aeternum.*

Bien distinta será la suerte de los buenos administradores. No recibieron en vano las gracias de Dios. Amaron la virtud y aborrecieron la iniquidad; buscaron antes que todo el reino de Dios y confiaron en su amorosa Providencia, cultivaron con diligencia los dones de Dios y dieron frutos de vida eterna. Vino la muerte, y comparecidos ante el tribunal de Cristo, oyeron de sus divinos lábios esta sentencia consoladora: Alegraos, siervos diligentes y agradecidos, porque habiendo sido flejes en lo poco, habeis merecido lo que es mucho, á saber; la inmensidad de la gloria, la posesion de unos bienes tan grandes, de unos goces tan puros, de unas alegrías tan inefables que exceden todo sentido y se escapan á la humana comprension.

Hé aquí la verdad del juicio. Como lo habeis oído, así se cumplirá. Antes faltarán el cielo y la tierra que la palabra de Dios.

Ya se yo que andan entre vosotros falsos profetas, maestros de perversa doctrina y de dañada intencion, negando el juicio de Dios y los premios y penas de la otra vida. *Nolite credere.* Rechazadlos con noble indignacion. Los enemigos de Dios no pueden ser vuestros amigos. Son agentes del demonio que solo intentan hacer á otros compañeros de su maldad y partícipes de su infortunio.

Creed vosotros lo que enseña el Evangelio, á saber, que mas allá del sepulcro hay otra vida, dichosa para los buenos y desventurada para los malos. Creed firmemente que despues de la muerte nos espera Jesucristo en su trono de Juez para premiar nuestras obras si fueron buenas ó para castigarlas si fueron malas. ¿Quereis alcanzar una sentencia de eterna ventura que os haga felices por toda la eternidad? Guardad los mandamientos. Hé aquí la ley conforme á la cual habeis de ser juzgados.

Presentóse un hombre á Jesucristo y le dijo: Maestro, qué haré para salvarme? Y ved la respuesta: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos. Si alguno dice que cree en Dios y no guarda sus mandamientos, *mendax est*, falta á la verdad. Esa fé no es verdadera. Está muerta. *Fides sine operibus mortua est.* Atesorad obras buenas y sereis verdaderos creyentes. Sembrad en el tiempo y cosechareis en la eternidad, Amen.



UN DISCÍPULO DE JESÚS.

Y habia ya pasado el toque de oracion, cuando en la Plaza Mayor de un pueblo de la montaña se oyeron gemidos y gritos de socorro. La puerta de la casa rectoral, que comunicaba con la plaza, se abrió, y un Sacerdote de unos treinta años, asomándose, se puso á escuchar; y despues, seguido de una mujer con una luz en la mano, se dirigió al punto hácia donde se oían los lamentos. Yacia en el suelo un hombre teñido en sangre, que chorreaba de sus heridas. Todavía se veía á un lado la navaja con que acababan de abrírse las. El Sacerdote lo recogió, y, como pudo, lo introdujo en su casa. Una vez allí dentro, le curó las heridas, hizo que volviera en sí y lo dejó en su cama abrigado, despues de haber hecho desaparecer la navaja, instrumento del delito. Despues fué el médico y le hizo la curacion, volviéndose luego para su pueblo, distante legua y media de la casa rectoral.

A las dos de la madrugada el enfermo mandó llamar al Cura, porque segun él decia, se encontraba muy mal, y que queria hacer confesion de todos sus pecados. El Sacerdote se sentó junto á su lecho, y el penitente dijo:

—Yo, aquí donde me veis soy un perdido. Si os hubiese de referir todos los crímenes que he cometido desde que estoy en el mundo, no concluiría. Pero os referiré el mayor de todos, porque si de él merezco absolucion,

bien cierto estoy de que tambien la obtendré de los demás.

—Hablad, le dijo el Sacerdote.

—De lo que voy á contaros hace ya veintitres años. Era de noche, yo vivia en un pueblecito de un valle; un dia me dijo un hombre si queria ganar cincuenta onzas de oro. Le respondí que sí.

—Júrame no dar á nadie absolutamente cuenta de lo que voy á decirte, añadió el desconocido.

—Sí, juro.

—Ahora bien: ¿sabes la hacienda del Arroyo?

—Sí.

—¿Es muy rica?

—¡Y tanto!

—Pues tú, para ganar la cantidad ofrecida, debes entrar allí y asesinar toda la familia, sin que quede uno solo.

Esto me hizo estremecer.

—Cincuenta onzas es poco, le respondí.

—Serán ciento.

—No es bastante.

—Doscientas.

—Acepto.

—Y entré en la casa. Todos dormian. La familia se componia de un viejo, marido y mujer, y tres criaturas, dos niños y una niña. Al viejo le dí tres puñaladas en el pecho. Al hombre lo degollé, á la mujer la quemé, colgándola antes de un gancho de la cocina.

—¿Y á los pobres angelitos de Dios? preguntó el Sacerdote, á quien esta relacion debió afectar muchísimo, pues estaba pálido como la cera.

—A los niños, continuó el pe-

nitente, al uno le corté la cabeza, al otro le abrí por el medio, y al mas pequeño, (tenia siete años) como se arrojó de una ventana al patio y echó á correr hácia el pueblo, no pude hacer mas que tirarle una gruesa cuchilla que tenia en la mano, y le abrí la cabeza, cayendo al parecer muerto al pié de un árbol. Cuando llegué allí para rematarlo, ya habia desaparecido: nunca he sabido quién podia ser. Dos dias despues de esto volvió el hombre á mi casa y me dió las doscientas onzas. La justicia nunca supo quién era el asesino. El hombre que me habia comprado entró en posesion del mayorazgo, y tengo entendido no murió hasta ahora dos años, dejando su fortuna para los pobres. Ahora sabeis el pecado. ¿merece absolucion?

El sacerdote estaba sudando de angustia, mientras duró la relacion de tan horrendo crimen.

—Todo tiene perdon en este mundo, si hay arrepentimiento. ¿Os habeis arrepentido?

—Sí. Mas ¡ay! si quereis que os diga la verdad, lo que jamás ha podido quitárseme del pensamiento es el pobre niño á quien parti la cabeza. Todo, todo lo he podido olvidar; pero lo del niño jamás podré borrarlo de la imaginacion. Me parece que si él me perdonase me iria mas consolado al otro mundo; ahora, sin su perdon, bien cierto estoy que no merezco misericordia.

Y alguna que otra lágrima asomaba á los ojos del criminal penitente.

—Todo, todo tiene perdon, repetia el sacerdote. Y decídmelo, ¿por qué hoy habeis tambien pisado la senda del crimen?

—Hoy, si me habeis encontrado herido, ha sido para defenderme. Desde que cometí aquel crimen, he tenido un enemigo mas cruel aun que mi propia conciencia: un compañero con quien compartia el fruto de mi rapiña. A los tres años sospeché algo del hecho, y juré vengarse de mí por no haberle dado una parte de mi ganancia. Y por todos lados me ha perseguido hasta hoy, que cree me ha dejado muerto, segun él deseaba.

Y reposó algunos instantes. El Sacerdote se limpia la frente; sus ojos parecian animados de una pasion de ánimo; sus manos apretaban un pañuelo blanco, con el cual de cuando en cuando secaba alguna lágrima que queria asomar de sus ojos.

—¿Me absolvereis?

—Es cosa de pensarlo, respondió el Sacerdote.

—¿Y si me muero? preguntó el herido.

—Yo ya lo habré pensado cuando llegue este triste caso, si es que Dios tiene dispuesto que este caso haya de llegar.

Pasaron tres dias. El herido adelantaba rápidamente en su curacion. Pasaron seis dias, y ya estaba casi bueno. Medicinas, médicos, todos los gastos habian corrido de cuenta del Sacerdote.

Una vez curado, quiso abandonar aquella casa de bendicion. El Sacerdote le dijo:

—Sois pobre, ¿no es verdad?

—Sí, respondió el que se iba.

—Pues ahora lo sereis menos, añadió el Sacerdote, poniéndole en la mano un puñado de monedas. Pediais absolución el otro día, ¿no es así?

La pedía, es cierto.

—¿La querriais ahora?

—De todo corazón.

—Arrodillaos, pues.

Aquel á quien este mandamiento se imponía se arrodilló y confesó todos sus crímenes. Entonces el Sacerdote con una frente como iluminada por la gloria, con voz conmovida, con acento humilde y rico de ternura, le habló de esta manera:

—Yo, por el querer de Dios, os absuelvo de toda culpa. El otro lloraba.

—Y yo, añadió el Sacerdote, olvido todo el mal que me habeis hecho, de todo corazón, de todo mi corazón.

Porque aquel niño de siete años, á cuyos padres, abuelo y hermanos quitásteis la vida; aquel niño cuyo perdón tanto deseábais; aquel infeliz á quien abristeis la cabeza con la cuchilla... soy yo.

Y enseñó al otro, que pálido y frío á sus piés ni á respirar se atrevía, una cicatriz bien honda que le dividía la frente en dos mitades.

La Caridad.

LA CONDESA MARIA.

I.

Corría el año 1832.

Un funesto azote, cuyos estra-

gos hemos visto *con frecuencia repetidos*, castigaba á la Francia.

Un terror profundo se había apoderado de todos los corazones, sembrando por do quiera la agitación y aturdimiento.

El miedo reinaba, ¡el miedo! tétrica palabra.

La angustia era terrible, é inmenso el dolor.

En un momento, padres, madres é hijos eran separados por la tumba.

La enfermedad aparecía, y como un ladrón que se vé perseguido, acometía de improviso.

Se pugnaba por combatir al enemigo, ¡pero en vano!

Antes de haber tenido tiempo para preparar los medios de defensa, muchos habían sido víctimas. Gran número sufrieron, ántes de morir, dolores sin consuelo.

Algunas veces se decía en una casa: «héla aquí.» Se miraba la familia aterrada, y ya la víctima había sido escogida.

El corazón mas duro tenía que desfallecer. Se veían pasar por las calles las fúnebres conducciones. Ya no se cuidaba de contar los cadáveres. Las campanas no tocaban á muerto. Un silencio abrumador pesaba sobre París. Día y noche se veían ir y venir precipitadamente sacerdotes y Hermanas de la Caridad; aquellos, en medio de la desolación general, llevaban el Santo Viático; éstas, en nombre de Dios, llevaban cuidados, socorros, consuelos y oraciones. En tan afflictivas circunstancias era cuando se

retratada el fondo de los corazones de todos.

Al lado de las mas miserables cobardías se levantaba el valor, la abnegacion mas heróica: verdaderos sacrificios, que solo en Dios podrán hallar la recompensa, porque Dios solo puede medir su profundidad y extension.

Médicos, Sacerdotes y Hermanas de la Caridad caian en este terrible combate.

A través de París veíanse tendidas largas filas de pobres á las puertas de las casas, volviendo á medio día á las suyas, en donde acaso encontrarían un miembro menos de su familia.

Las madres, debilitadas por el trabajo y la enfermedad, alargaban la mano pidiendo una limosna para sus pobres hijos.

Veíanse tambien cruzar por medio de los mendigos el traje de gris y la blanca toca de las Hermanas de la Caridad. Estos ángeles buscaban á los mastimidos, á los que mas se ocultaban de las miradas de los hombres.

II.

En medio de estos pobres se encontraba una mujer oculta su cabeza por un gran sombrero, cuyo viejo velo caía por delante de su rostro, su talle iba envuelto por un miserable chal. Esta infeliz no pronunciaba una palabra; siempre se la veía silenciosa alargar la mano para recibir la limosna, que jamás pedía. Aparecía en todos los grupos, iba de puerta en puerta, tomaba sin dar las gracias, y se alejaba muda,

sin que ni las Hermanas de la Caridad, ni los otros pobres hubiesen podido penetrar el secreto de su miseria. Nadie sabia dónde moraba. Lo que mas llamaba la atención era su aire modesto y virtuoso. Algunos llegaron á decir que era viuda.

Entre las Hermanas de la Caridad, una particularmente la atendía. La Hermana Angélica, movida de una discreta curiosidad, habia logrado ver el rostro de la mendiga y reconoció que era jóven. Quiso preguntarle y no obtuvo mas que medias palabras. La Hermana Angélica sabia que la discrecion es caridad y no insistió; mas no perdía jamas de vista á la viuda, y cuando no la encontraba entre los grupos de los pobres, se inquietaba, temiendo que la enfermedad le hubiese acometido y que muriese sin auxilios por ignorar donde vivía.

Un dia se encontraron las miradas de Angélica y la viuda, y ambas comprendieron al momento que una dulce y tierna simpatía se despertaba en sus corazones. Desde aquel dia fueron amigas.

En medio de las miserias y calamidades de aquel año terrible, Angélica pensaba en la mendiga, rogaba por ella, deseaba conocerla y no perdía la esperanza de descubrir su mansion.

Se continuará.

VARIETADES.

Tito hijo de Vespasiano, sucesor suyo en el Imperio, cumplió la

mision de destruir el templo de Jerusalén y de no dejar piedra sobre piedra en la Ciudad deicida, conforme la profecía del Salvador.

El sitio de Jerusalén y su destrucción, ejecutada en 4 de Agosto del año 70, fueron una catástrofe sin ejemplo en la historia, y constituyen una de tantas pruebas de la divinidad de Jesucristo. El mismo Tito declaró que su triunfo no era obra suya, y que él únicamente había sido un instrumento de la venganza divina. La mortandad fué tal, que perecieron un millón cien mil judíos por el hambre, la peste, ó por el cuchillo propio ó de sus enemigos. Noventa mil fueron conducidos á Roma en calidad de prisioneros precediendo cargados de cadenas al carro triunfal de sus vencedores. Perecieron estrangulados, según costumbre, los judíos principales, y los demás fueron vendidos como esclavos ó destinados á trabajar en la construcción del Coliseo.

En el antiguo Foro romano se ve hoy todavía, aunque deteriorado por la mano del tiempo, un arco monumental erigido en honor de Tito, con la siguiente inscripción: *Al Emperador Tito: (siguen sus títulos)... En memoria de haber subyugado la nación judaica y destruido la ciudad de Jerusalén, atacada en vano ó enteramente respetada, antes de él, por todos los guerreros, reyes y naciones.*

Tito hizo gravar en el revés de sus medallas una mujer llorosa, vestida de luto, sentada en

la soledad á la sombra de una palmera, apoyada su cabeza sobre la mano con esta inscripción; *Judea capta.*

Durante el imperio de Tito, que se distinguió por su nobleza y generosidad, gozaron los cristianos de consoladora paz. No les faltaron enemigos y envidiosos, pero se mostró con ellos tan lleno de misericordia, que cuando acusaban á alguno de haber murmurado de sus actos, delito por el cual sus predecesores condenaban á muerte aun á los mismos tribunos, Tito acostumbraba decir:—«Oh, el que murmura de mí, se equivoca, en cuyo caso le compadezco; ó le asiste la razón, y entonces sería injusto castigarle por haber dicho la verdad.»

Domiciano, hermano de Tito, y de índole muy diversa, le ocasionó con innobles manejos una muerte prematura, satisfaciendo así sus ambiciosos deseos de ejercer en absoluto la primera autoridad.

La señorita Vera Manning, sobrina del Cardenal del mismo apellido, va á tomar el velo á principios del mes de Diciembre. Dicha señorita ha heredado 50.000 libras esterlinas, legadas en testamento de su señor padre.

Las Hijas de María de la ciudad de Cádiz han pedido al alcalde de la localidad de las órdenes oportunas á fin de que los serenos, al anunciar la hora, digan «Ave María Purísima.»